

El mito y el electrodo

Magdalena Castro*

Recibido en octubre de 2015; aceptado en enero de 2016

Existen pocas ciudades de Mesoamérica que pueden ser descritas bajo diferentes realidades, tantas como sus diversos periodos constructivos. Ese es el caso de Chichén Itzá, La Boca del Pozo de los Itzáes. Basta citar los diversos nombres, variantes lingüísticas del idioma maya, bajo los cuales se le ha nombrado a lo largo de su historia, para apenas así entender las influencias que hubo en la construcción de la que se consideró la Nueva Tollan: Ucyabanal, Chich'en, U Chich heen, Chi che'en itz ha'.

De casta guerrera, sacerdotal y comercial Chichén Itzá, tiene claroscuros que la describen polifacética y que el tiempo impiadoso no ha podido sepultar. Inspiración de almas bélicas que la bañaban en aguas de sangre bajo una visión mítica-cósmica, que posicionó a sus hijos como los más temidos del norte de Yucatán. Una ciudad que era y es el destino de grandes peregrinajes y que hoy todavía lucha y se defiende con sus fauces de serpiente, de jaguar, para no ser tragada por la selva perenne y abundante que la rodea. Una Chichén indomable que se viste con hipil de flores policromas y aretes de filigrana puuciana, que es más que la apoteosis de los solsticios y equinoccios que la convierten cada año en la ciudad festiva de la gente "new age".

Pero, también en su vena mineral corre la ciencia, la exactitud matemática que los antiguos hombres entrelazaron con la armonía del universo y lo hicieron objeto piramidal. La magia del lenguaje cósmico. Y es justo en esta evocación de tiempo y espacio donde uno puede imaginar cómo se cruzan en un xaibé, una intersección de caminos, el conocimiento de los hombres de ciencia ancestrales que observaron y crearon un sistema vigesimal, que dio valor a la nada, con los otros hombres de ciencia, los actuales, los que usan computadoras, los que se comunican a distancia por internet, los que usan sistemas de procesamiento de datos. Los hombres mentales, los aprendices de Cardano, de Erdős, de Pitágoras, de Galileo Galilei, de Euler y un sinfín de etcéteras. Las matemáticas y su gran característica intemporal, eficaz del todo, a través de los tiempos.

En reciente charla con Marcus Du Sautoy, en su paso por la Ciudad de México, hablaba sobre el arte de las matemáticas y las matemáticas del arte, un xaibé, indiscutiblemente. Entonces, se apilaron en mi mente imágenes y conceptos de los geofísicos de la UNAM que estaban "interviniendo", en ese momento, con su método de prospección terrestre la pirámide de Kukulcán. Yo estaba experimentando un estado mágico, que se describía entre el significado de un símbolo arqueológico y la técnica de una tomografía de resistividad eléctrica, ni

.....
* Correo electrónico: magdalenacastro85@gmail.com

qué decir de todo esos conceptos tales como GPS, electrodo, secuencia, palabra tantas veces escuchada; “la colmena” como le llamé a la gráfica de ajustes de error, que caminaba en la pantalla de la computadora bajo una línea funcional, puntos negros que volaban como abejas acercándose al panal. El Voxler, de miles de pesos, y lo que después queda grabado en la memoria, la escala de color, con la variedad de un arcoíris, describiendo la figura de lo que hay abajo. Lo que no se ve, se toca gracias a lenguajes matemáticos manejados en su esencia de valor fundamental, único. Ciencia y belleza, belleza y ciencia.

Chichén ahora muestra lo que contiene en su vientre materno calizo de aguas dulces, mansas, en la que se bañan sus secretos milenarios. La madre que cobija a sus hijos de sangre: los artesanos que la inundan día a día bajo sistemático desorden. Chichén la de las venas de terraplén sutilmente cenagoso.

La ciudad de las mil lenguas, la huésped que recibe a turistas y a hombres de ciencia, la que exigió a los geofísicos derechos de admisión a través de ceremonia chamánica. La que sonreía cuando puso a prueba las escalas de secuencia científica, la que movió electrodos, la mujer caprichosa que no cede, la que contiene arrugas de montaña escarpada, la madre, la hija, la compañera que reta a la selva en el tiempo perenne. La Chichén Itzá que huele a orégano y cacao, la del pavo asado, la del *papak tsul*, la de los panuchos, la de la sopa de lima. La Chichén de los cuatro lados cósmicos, *K'in* al oriente y su rojo achiote; *Chi k'in*, al del poniente y el relleno negro; *Xaman*, al norte y su blanco de agua de horchata y *Nohol* al sur y su amarillo de miel de colmena.

La Chichén Itzá que habla de arriba a abajo y de abajo a arriba. La siempre mágica. La obsesión geofísica.